

## Indice

Mi trompo dorado  
Relato de almohada  
El árbol de purpur.  
Regalo de navidad  
La virgen de los ojos color café  
Soledad  
Ya no quiero ser grande, Señor  
El señor del Sonche  
Puma Urco  
Un raticidio  
El Pantera  
Los ojos de Diana  
El clavo de la muerte  
El beso prohibido

*A mis sueños de infancia.*

*A largas horas despierto.*

*A mis canas.*

*Al tiempo que juzgará mis escritos.*

*A todos y a nadie.*

*A mi tierra, su gente, su historia y tiempo.*

**El autor**

## **Mis palabras, mis** **Sentimientos**

Todo surge de la nada, por accidente o por casualidad. He visto desde niño a mi padre trabajar en su pasión: la fotografía. He crecido bajo los aromas de una casa humilde y los sabores indescritibles de una infancia marcada por desencuentros emocionales. He crecido, como todos y como nadie, hasta que se rompió la rutina.

Desde épocas universitarias en que escribí poesías, he tenido la necesidad de expresarme y el deseo de mantenerme libre de mis ideas, que cuando no nacen, son callos mentales que me cansan, me aburren y me agobian la existencia.

Ayer fueron relatos históricos de una ciudad que se niega a morir. También recreo los paisajes y el valor intangible de una tierra vigorosa que espera a gritos ser tomado en cuenta en la historia nacional. Hoy, son relatos

sacados de la almohada y que estuvieron escondidos en algún rincón de mi hemisferio cerebral.

Relatos que son míos o podrían ser tuyos. Relatos que marcan mi existencia. Relatos que reflejan mi espíritu indomable de crear, planificar, imaginar y sentir lo que siente un amante: de su tierra, de su gente, de su historia.

No quiero la gloria, tampoco el olvido. Quiero que en sus dedos y en sus miradas, se refleje el ánimo de un hombre que nació en el momento justo, en el lugar adecuado y marcado por el torbellino del sentimiento al terruño, que tuvo el orgullo de haber nacido.

Chachapoyas, Junio del 2013.

*Manuel H. Cabañas López*

## Presentación

Sin duda, todos tenemos algo que contar. Más aun cuando nos sumergimos en las aguas del tiempo y retornamos navegando por los mares de la vida para anclar en los puertos de la mocedad y la niñez. Pues, encontraremos que esos puertos están llenos de gratos recuerdos, de sentimientos encontrados y todo tipo de experiencias que bullen y pugnan por salir a la palestra del papel.

Y este viaje resulta más interesante, emocionante y único cuando se tiene oficio de marino, de pirata, de escritor. Es decir, el oficio y arte de narrar.

Entonces, el escritor – en esta aventura verbal- se torna en un guía que nos lleva de la mano para darnos a conocer y mostrarnos sus distintas experiencias vitales. Aquellas que marcaron para siempre su vida. Por supuesto, también nos mostrará sus sueños, aspiraciones y preocupaciones existenciales.

Así, mi dilecto amigo Manuel Cabañas López, periodista de profesión y, a la sazón escritor que se va consolidando cada día, como un bailarín de la pluma, se hace adolescente, se hace niño y se desdobra en otros personajes para presentarnos las reminiscencias y sueños que calaron más profundamente en su vida.

Y en esta oportunidad, Manuel Cabañas López nos ofrece un ramillete de relatos que son el dulce fruto de su experiencia vivencial. Por esta razón los escribe con pasión y hasta con vehemencia. Cada palabra palpita en la frase y todo el texto cobra vida plena cuando nos narra los recuerdos de su infancia, los sucesos del hogar, su profunda fe en la Mama Asunta o cuando personifica al hombre envuelto en las llamas del amor.

Manuel Cabañas López, como dice en un relato, no quiere envejecer y, sin duda alguna, no envejecerá a través de lo que nos cuenta, pues para el ávido lector, cada momento que abra el libro, los relatos siempre tendrán sabor a juventud.

Éxitos y parabienes en esta nueva aventura verbal: escribir y publicar.

**Napoleón Culqui Valdez**



# Mi trompo dorado

## MI TROMPO DORADO

Cerca a mi casa estaba la escuela. Tan cerca que en el recreo me escapaba para tomar mi café con su pan o mote con leche y sal; y, si tenía mucha suerte encontraba en la olleta frejol sancochado que lo comía con manteca y sal. Esas delicias de mi infancia hoy vengo pagando “el pato” con el colesterol, la mucha hemoglobina y triglicéridos que entraron a mi cuerpo sin pedir permiso y menos haberse presentado.

No recuerdo exactamente qué mes se jugaba a los trompos, pero nunca olvidaré que una mañana todos mis amigos llegaron a la escuela con su cartapacio o su talega de cuadernos y en su bolsillo una bola, en el otro una pita

amarrado con su chapita. Era el día en que se iniciaba la temporada de trompos.

A la hora de recreo mi amigo Constantino, el más *chombazo* del salón, me dijo para que jugáramos a los trompos. Yo tenía uno pequeño, que a las justas lo hacía dumbar. Su clavo no tenía punta, su cabeza ya estaba magullada por los golpes. Era el único que tenía. Hice un círculo con la punta del trompo y un hueco a veinte metros para que sea la olla. ¿A cuántos docos? Vamos a diez le dije.

Tira Constantino. El trompo rueda con fuerza cerca al círculo. Hago lo mismo. Mi trompo tartaracho no da vuelta y como son las reglas de juego me tuve que chantar. Con la sonrisa de oreja a oreja, Constantino el grandulón del salón, se deleitaba con su juego. Tiraba de todas las formas: Con la punta al cielo, con la punta abajo. Zun, zun sonaba su piola y veía como poco a poco lo arrastraba a la olla a mi pequeño trompo.

Tanta era su suerte que yo sólo miraba. Miraba con rabia e impotencia de mis diez años, como mi trompo, el único que tenía, el del color dorado iba a su destino final. Muy prosa, Constantino, hacía gala de su habilidad. ¡Ya se jodió tu trompo, panzón!, me dijo. Cuando el trompo daba vuelta, con la pita, lo elevaba a su mano. En la palma daba vuelta y antes que se caiga, cloc lo golpeaba a mi trompo.

A medio metro de la olla Constantino pierde el control de la jugada y en vez de que de vuelta, con la fuerza del tiro

el trompo se prensa en el piso. Era mi turno. ¡No saben la alegría en mi alma de niño! Levanté mi trompo del suelo, la limpie en mi pantalón, para que la punta este suave le bañé con mi escupe. Con la seguridad de mi suerte y la suerte de mi trompo dorado lo enrosqué con la piola hasta cerca de la cabeza. Dos pasos atrás y ¡zas!. Mi trompo no dio vueltas pero lo golpee al que estaba en el suelo y se puso a diez centímetros de la olla. ¡Lechero!, escuché a otros amigos.

Otra vez enrosque con la piola mi trompo. ¡Zas! Mi trompo da vueltas. Abro mis dedos para que suba a mi mano. Lo hago, me emociono. ¡Cloc!. El trompo de Constantino entra a la olla. Mi amigo pone cara de tristeza. Me dice que para que no lo malogre su trompo, mejor que lo doqué a su sopero. En mancha y ante el aliento de los amigos vamos cerca a la palmera que estaba en el patio. Coloco al sopero para clavar la punta de mi trompo dorado. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, decían en coro los amigos. De pronto todos callaron. Iba a tirar el sexto *doco*. En mi mano el trompo dorado se partió en dos. Era tan pequeño que con la fuerza de los golpes al grande sopero, en vez que el clavo haga daño a él, se metía más en el cuerpo de mi trompo y terminó por romperlo. ¡Ja, ja, ja, ja, ji, ji, jo, jo!, era lo que escuchaba a mi alrededor.

Con la rabia, la tristeza, tiré mi trompo al aire. Maldije mi suerte. Mientras entraba al salón, con mis manos me

secaba las lágrimas. Atrás quedaba mi emoción de niño y para siempre el recuerdo de mi trompo dorado. Ese mismo que mi viejo, un domingo en la mañana me dejó al pie de la cama.



## ***Relato de Almohada***

## ***Relato de Almohada***

*A Wenceslao Cabañas Alvarado*

Conversando con mi padre, me cuenta que, cuando era chiquito, tenía una mascota de nombre “Pepe” y de donde llegaba y a la hora que llegaba, bastaba llamarlo por su nombre y de donde sea salía al encuentro de su joven dueño. No era un perro, tampoco un gato, peor un loro, era un chancho. Me cuenta que era blanquito y que cuando sabía que lo tenían que matar, tuvo que ausentarse de la casa por largas horas, ya que le daba pena saber que su amigo de la infancia tenía que morir para alimentar a toda la familia. Una familia de 11

hermanos y dos padres, uno picapedrero y otra ama de casa, que desde Santo Domingo salió a Tushpuna por amor de Don Manuel Cabañas Huamán, mi abuelo.

En las horas que podemos conversar, como niño emocionado lo percibo cuando recuerda su niñez. Me dice, en otro momento, que como era el mayor de los hermanos, siempre su papá le *cuyaba* mucho, al extremo que cuando llegaba del trabajo le daba a escondidas sus caramelos o confites: “Toma Ubicho, pero no estés mostrando a tus hermanos”. Yo por fregar le mostraba al Teodoro y éste llorando se quejaba ante mi mamá Eloísa y tenía que esconderme debajo de la cama para que no me diera mi golpe”. Aunque mi papá nunca me llegó a pegar. Mucho me quería, me repite. Mi mamá era bien brava, morena, con sus trenzas nomás andaba. Ella vendía sus repollos, pedazos de sal que traían los arrieros de Yurumarca en el mercado de la ciudad.

Mucho hemos sufrido, peor todavía si era la época de la política. Me cuenta que su papá, es decir, mi abuelo era compadre de Don Lucas Rubio, quien llegó a ser Senador de la República. Era tan su *pata* que lo dejaba sacar todas las piedras que quería para venderlos. Una vez, me dice, vendió tantas piedras que teníamos harta plata y comíamos bien. Tu abuelo ganó la buena pro para poner tres mil unidades de piedra para el hospital viejo, allá por Santa Isabel. Luego de una pausa mental, me dice “fíjate,

tu abuelo también puso las piedras para hacer los canales de las calles en Chachapoyas”.

Ocho años he sido maestro de aula en el pueblo. Recuerdo que no había pizarras, ni tizas. A los alumnos se les enseñaba a propia voluntad y se tenía que tener mucha paciencia para que puedan aprender a leer. No seguí en el magisterio porque me comenzaron a perseguir políticamente. Tuve que viajar a Mendoza, donde me escondí para que los policías no me capturen, hasta que al final se hicieron mis amigos y solo me decían que no salga mucho a la calle para que otros no me detengan.

Mirando al cielo recuerda que aprendió el truco de la fotografía de manos de Don Augusto Jiménez y que si seguiría con las fotos tendría 61 años de fotógrafo. Me dice que con su cámara viajó por todos los lugares. Ni sabe, ni lo contó a cuantas personas habrá tomado la foto. Sea en cumpleaños, en la calle, en los pueblos, pero si se acuerda que el fotógrafo comía como músico, bien papeao, bien bailao y bien tomao.

Me dice que lo más complicado era sacar las fotos en los negativos de vidrio y hacer los retoques para que las personas salgan más buenmosos. Los enamorados llegaban para que los tome la foto en sepia. A veces había pedidos especiales, como sacar a la misma persona en una solo foto, pero era mucho trabajo en el laboratorio; pero como era bien pagado valía la pena el desvelo. Me dice que tomó fotos a todos los políticos que llegaban a la

ciudad, especialmente a su jefe, Víctor Raúl Haya de la Torre, a Manuel Prado cuando inauguraron la carretera a Chachapoyas etc,etc...

El tiene muchas cosas que contar y muchas ganas, por parte mía para poderlo escuchar; pero será en otro momento, en cualquier lugar donde nos volvamos a encontrar.





# El árbol de Purpur

## El árbol de purpur

A : Johana, Araceli y Martín

Los padres de mi padre, dejaron como herencia una extensa huerta rodeada de eucaliptos, capulí, nogal, pinos y al fondo media hectárea de carrizal.

Entre brotes de carrizo y pajonales había plantas de granadilla y pur - pur o poro – poro. Recuerdo que de niño íbamos a la huerta a casar conejos y palomas. Una vez trajimos a casa una coneja ploma con largas orejas y ojos bien rojos y nos miraba como si estaría de cólera por su captura. Duró cinco días en la jaula, madre e hijos se murieron. No sé si los mató la tristeza o las comidas exageradas que les dábamos.

Ayer domingo al visitar al viejo, acompañado de mi hijo fuimos a la huerta. De aquel paisaje de mi infancia no queda nada. El carrizal es una franja pequeña y destruida por las tuberías del desagüe. Las palomas y los conejos son historias y para mi hijo leyendas. Ni tampoco encontramos el pozo de piedra que brotaba agua cristalina y saciaba la sed de muchos vecinos de Tushpuna; pero si encontramos el árbol de pur-pur. Largo, frondoso y lleno de frutos. Tantos frutos da el árbol que muchos de ellos están regados por el suelo, porque nadie lo quiere. Los niños de hoy dicen que es ácido, nosotros les replicamos y les decimos que es *putchco* pero rico.

Con la templanza que nos da los años, juntamos con mi hijo, cada uno jalando de la *hoshqueta* decenas de frutos alargados y amarillos. Volví por unos instantes a mi niñez y de reojo miraba la emoción de Martín Alonso por querer ganarme a quien tumba más frutos. Vi en sus ojos la

alegría de la libertad, de la infancia en proceso de aprendizaje, de la ilusión que también lo tuve a su edad. Comimos como tres frutos cada uno, estaban dulces. Tan dulce como los momentos que viven los padres con los hijos.



## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

